

JORGE VILCHES
LA PRIMERA REPÚBLICA ESPAÑOLA
(1873-1874)

De la utopía al caos



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
--------------------	----

PARTE I

ASÍ CAYÓ LA MONARQUÍA DEMOCRÁTICA

1. BUENAS INTENCIONES, MALA PRÁCTICA	29
La conveniencia del consenso político	29
La búsqueda de la ruptura	32
Nadie quiere ser rey de España	39
El asesinato de Prim	44
2. UNA ÉLITE SIN COMPROMISOS	51
Sin costumbres públicas democráticas	51
La trampa republicana	58
Ruiz Zorrilla contra Sagasta	63
La coalición de republicanos, carlistas y radicales	72
3. EL PLAN CONTRA EL REY	85
La revolución republicana como amenaza	85
La expulsión de los conservadores	88
«No conspiremos contra nosotros mismos»	92
La renuncia forzada	101

PARTE II
FIGUERAS Y LOS GOLPES DE ESTADO

4.	MAL NACIMIENTO	113
	La conspiración de Martos	113
	La amortización de Ruiz Zorrilla	118
	La proclamación de la República	125
	Corrió la sangre	130
5.	LA RUPTURA	135
	La Federal era una utopía	135
	Pi y Margall se hace con la República	146
	La ruptura del 24 de febrero	151
6.	EL ESTADO CATALÁN	163
	La Diputación de Barcelona asume el poder	163
	El golpe de Estado en Cataluña	175
	El fin de la Asamblea Nacional	184

PARTE III
PI Y MARGALL FRENTE A SU UTOPIÍA

7.	LIQUIDACIÓN DE LOS RADICALES	201
	La última bala radical	201
	El golpe de Estado de Pi y Margall	205
8.	UNAS CONSTITUYENTES FEDERALES	217
	El retraimiento general	217
	Las elecciones de mayo de 1873	224
	Reunión de las Constituyentes	233
9.	EL DICTADOR TELEGRÁFICO	239
	Dos golpes y un desprecio a Figueras	239
	Epílogo para Figueras	245
	Pi y Margall, presidente con la derecha	247
	La «guerra telegráfica»	254

10. EL LEVANTAMIENTO CANTONAL	259
Comités de Salud Pública	259
La explosión cantonal	269
Adiós, Pi y Margall	274

PARTE IV SALMERÓN Y EL PESO DE LA CONCIENCIA

11. EL KRAUSISTA	289
El mito armónico	289
Salmerón para rectificar a Pi y Margall	293
12. LOS CANTONALES CONTRA LA REPÚBLICA	299
Los «piratas» federales	299
Retrato de los cantonales	304
Fueron los diputados intransigentes	309
13. LA PACIFICACIÓN	317
Pavía en Andalucía	317
Málaga desencadena la crisis	324
Martínez Campos en el Levante	329
14. LOS MOTIVOS DE LA DIMISIÓN DE SALMERÓN	337
Tres días discutiendo la Constitución	337
Ahora, Espartero presidente	348
No solo fue por la pena de muerte	352
El final de Salmerón	357

PARTE V CASTELAR Y LA REPÚBLICA IMPOSIBLE

15. DE LA UTOPIA A LA REALIDAD	377
El republicano platónico	377
La derecha republicana	381
Fin de la Constituyente	393

16. EL GOBIERNO DE LOS CIEN DÍAS	401
La recomposición del Ejército	401
El Virginius o la guerra	406
Cartagena	412
Radicales y constitucionales se reorganizan	418
17. LA DERECHA SE DESCOMPONE	427
Salmerón contra Castelar	427
La víspera de los golpes	440
Las sesiones del 2 y 3 de enero	445
El ajuste de cuentas de Salmerón	459

PARTE VI
1874 TAMBIÉN FUE REPÚBLICA

18. SALVAR LA REVOLUCIÓN	471
Pavía, un idealista	471
Cartagena como síntoma	478
El Mac Mahon español	485
El plebiscito y la jaula de oro	493
19. LA INTERINIDAD COMO NORMA	501
El Sitio de Bilbao y el pronunciamiento alfonsino	501
Sagasta instaura la interinidad	507
Europa reconoce a Serrano, no a la República	514
20. ESCARMENTADOS Y REINCIDENTES	521
Castelar y el republicanismo, a la espera	521
Pi y Margall y Salmerón, a vueltas con La Federal	529
Y ahora vuelve Ruiz Zorrilla	532
21. DOS ALFONSISMOS EN PUGNA	539
Cánovas y el alfonsismo civil	539
Martínez Campos y el alfonsismo golpista	548
El fin de la República	556
CONCLUSIONES	563
NOTAS	575
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	625
ÍNDICE ONOMÁSTICO	643

INTRODUCCIÓN

La Primera República no acabó el 3 de enero de 1874 con el golpe del general Pavía, como se ha contado muchas veces. Ni tuvo solo cuatro presidentes, sino cinco, contando al general Francisco Serrano, que presidió la República durante más tiempo que la suma de los anteriores. Todo comenzó el 11 de febrero de 1873 y terminó el 30 de diciembre de 1874, y puede que sea el periodo de la historia de la España del siglo XIX más mitificado y menos estudiado debido a dos factores principales: la hegemonía del mito progresista en la narración de la historia de España y la propia complejidad del periodo.

El primer obstáculo aparece cuando el relato historiográfico hegemónico dice que aquel régimen supuso un tiempo de esperanza y progreso truncado por los «reaccionarios». Esta visión idealizada del momento y de sus personajes ha llevado a la mitificación, con una buena carga romántica y presentista, basada en eso que se llama «la España que pudo ser». El segundo obstáculo, como decimos, es la complejidad del periodo político, que no cabe resolverla con un relato político o con estructuralismos sociales o economicistas. En mis estudios sobre el siglo XIX —que abarcan desde 1808 hasta la Restauración—, he de confesar que no he encontrado un tiempo de la historia de España más difícil y enrevesado. La Primera República fue un fenómeno poliédrico con muchas zonas oscuras que la historiografía «amable» con el republicanismo elude por comodidad o conveniencia. En buena medida, el choque entre el relato sobre aquel régimen y la documentación manejada ha impulsado el estilo y el contenido de este libro.

Esta obra se aleja de la tendencia actual de convertir la Historia en un campo de batalla. Ha sido un verdadero trabajo de descubrimiento, pero no para corroborar prejuicios o animar una tendencia política. La investigación se ha realizado sin desprestigiar fuentes por su sesgo ideológico, sin apriorismos, favoritismos o presentismos. Un historiador honesto no libra las batallas personales usando el pasado de otros.



La importancia de la Primera República radica en que fue un momento disruptivo de la historia de España. Rompía con la trayectoria monárquica y vagamente centralista, más apegada a la realidad de un Estado débil y a sus problemas, y presa de una mala clase dirigente política, inapropiada para consolidar un Gobierno representativo. El problema del reinado de Isabel II no fue la reina, ni su vida privada, ni sus preferencias políticas, ni el hecho de que no se diera el poder a los progresistas, sino el comportamiento y la mentalidad de la élite política. Sin unos dirigentes centrados en el funcionamiento de la letra y del espíritu del régimen, leales con las instituciones, críticos pero responsables, es imposible que funcione sistema representativo alguno.

Los dirigentes de los partidos se caracterizaron precisamente por aquello que hacía inviable cualquier sistema constitucional y liberal, especialmente entre 1863 y 1866. Me refiero al obstruccionismo parlamentario para derribar a los ministerios; a las negativas y a los vetos para formar Gobiernos de coalición o de conciliación programática; al cálculo partidista para no depurar el sistema electoral; a la múltiple división en cada partido, y al retraimiento electoral como forma de censura de una decisión política. En suma, el comportamiento desleal e irresponsable de las élites de los partidos impidió la estabilidad del reinado de Isabel II y obligó a un ejercicio de la regia prerrogativa más allá de la lógica de una monarquía constitucional, exactamente igual que pasó con Amadeo I de Saboya. Esto no hace mejor a los reyes —ni los exculpa—, sino que reparte las responsabilidades entre los actores políticos, siempre atendiendo a la documentación y a la lógica constitucional del momento.

La convivencia durante los reinados de Isabel II y Amadeo I era imposible si a lo anterior sumamos una retórica política exclusivista que se apropiaba de la libertad y del pueblo para demonizar al adversario, arrogándose un derecho a gobernar y una misión de corregir la historia de España. No está de más recordar que no era el trono el que organizaba las campañas políticas, falseaba las elecciones, hablaba al pueblo con demagogia y maximalismos, ni el que presentaba mociones de censura y confianza en las Cortes. No fueron Isabel II ni Amadeo I quienes despreciaron el acuerdo entre los grandes partidos para consolidar una situación política en tiempo de crisis. Esto mismo ocurrió en la Primera República: fueron los dirigentes, como se verá en esta obra, quienes hicieron imposible el funcionamiento ordenado del régimen liberal y luego democrático.

Esos mismos dirigentes, en especial los progresistas, no forjaron antes de 1868 un pensamiento político sólido para construir una alternativa al régimen isabelino, sino que se sirvieron de una retórica de oposición para alcanzar el poder. La élite política coincidió en que el problema era Isabel II, a quien atribuyeron la culpa y la responsabilidad de la falta de convivencia entre los partidos. Es cierto que barajaban ideas de funcionamiento del sistema constitucional, como la existencia de un poder moderador —el rey—, unas Cortes ampliamente representativas y el ejercicio de las libertades en detrimento de la presión fiscal. También es verdad que ese nuevo régimen, con su fe en el contractualismo, debía basarse en una Constitución que fuera el acta de nacimiento de la España nueva, de la «España con honra», que escribió Adelardo López de Ayala en septiembre de 1868. Todos se unieron contra Isabel II y la dinastía Borbón, a la que achacaron la inestabilidad del régimen liberal en España. Su propósito en aquella Revolución, *la Gloriosa*, fue crear un sistema común nacido de unas Cortes elegidas por sufragio universal masculino que pusiera en práctica una fórmula nueva: la monarquía democrática.

La Revolución se hizo para evitar los «obstáculos tradicionales» que, según los progresistas, impedían a su partido alcanzar el Gobierno de forma legal y llevar a España a una situación de felicidad basada en la libertad. La camarilla, la presión clerical, el favoritismo